

Desigualdad en América Latina: aprendizajes de la historia

¿Qué enseñanzas nos ofrece una mirada de largo plazo sobre la desigualdad en América Latina? [1] Sin lugar a dudas muchas y varias de ellas de gran utilidad para pensar los desafíos del presente. Estas son algunas de las conclusiones que resultan de la lectura de las presentaciones realizadas en el seminario “[La inequidad en América Latina en el largo plazo](#)”, organizado por el BID, el Banco Mundial y la CEPAL en el auditorio del Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe (BID-INTAL) en Buenos Aires del 3 al 5 de diciembre de 2014. Entre otros aportes, la perspectiva temporal nos permite observar cómo han gravitado sobre la equidad variables como la educación, la política fiscal, la propiedad de la tierra, la configuración de las élites, las diferentes estrategias económicas, los factores demográficos y naturales, tanto como nos permite discernir lo sucedido con las desigualdades de clase, género y étnicas a lo largo de la historia. En este artículo, basado en los principales hallazgos de un grupo de trabajos presentados en el seminario, en primer lugar se hará referencia a la controversia central sobre la historia de la desigualdad de la región y a los aportes más novedosos presentados al respecto. A continuación, se revisará en perspectiva temporal la evolución de las desigualdades de género y étnicas. Y, por último, se verá un ejemplo de trayectoria de largo plazo de la desigualdad, finalizando el artículo con algunas reflexiones sobre el uso de la historia para ayudar a pensar los desafíos del presente.

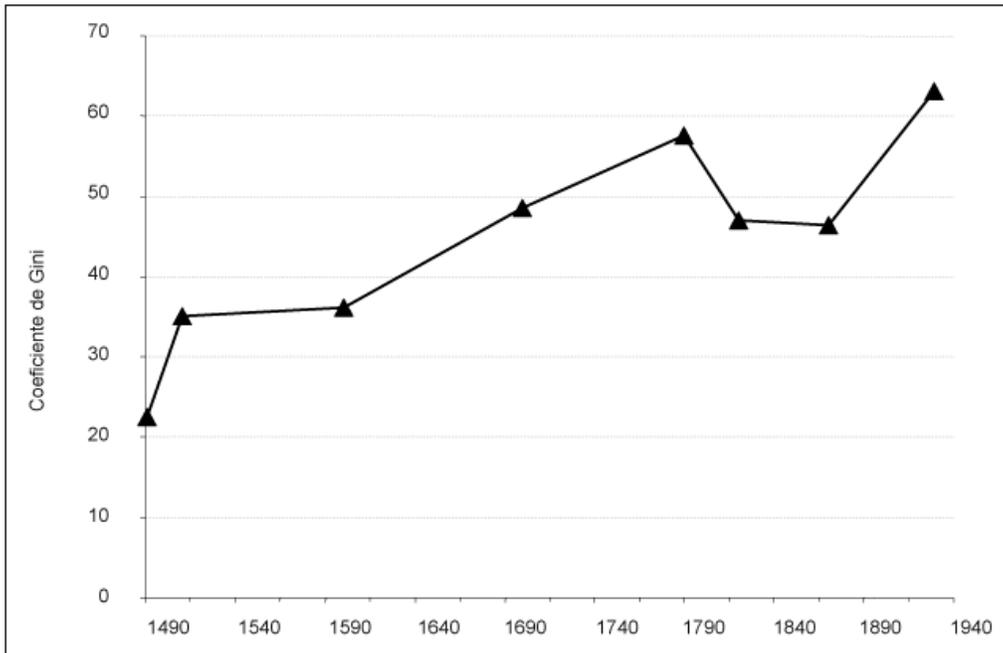
La desigualdad latinoamericana ¿una persistencia histórica?

Si hay consenso sobre el incremento registrado en las desigualdades de ingreso en las últimas décadas del siglo XX en la región, a medida que nos remontamos hacia el pasado, las posturas divergen. De todos modos, la perspectiva con más acuerdo entre los historiadores es aquella que hace remontar las inequidades hasta la época de la Colonia. En términos generales y con matices entre los distintos autores, tal juicio se basa en el carácter extractivo de la economía colonial, en las restricciones al desarrollo económico que las coronas española y portuguesa impusieron a sus colonias, en la estructura de la propiedad de la tierra y en la poderosa configuración de élites locales que luego se cristalizó en las nacientes Repúblicas en forma de instituciones, estructura de clases y coaliciones de poder que perpetuaron y reforzaron las desigualdades previas. La presentación de *Luis Bértola* en el seminario ahondó en esta línea argumental. Sostuvo la necesidad de observar la desigualdad pasada no sólo en relación a los ingresos sino en una perspectiva amplia, incluyendo la estructura social de la colonia, en particular, la existencia de esclavos y de otras formas de subordinación y servidumbre, restricciones a la ciudadanía y al acceso a la tierra, entre otras dimensiones. Y, si bien estos elementos podrían no reflejarse en los ingresos, sin duda constituían formas de desigualdad profundas. Por otro lado, señaló que el problema de la región a partir del siglo XIX ha sido sobre todo la volatilidad económica puesto que las marchas y contramarchas en el desarrollo han implicado profundas fluctuaciones en términos de desigualdad. Planteó asimismo la necesidad de revisar la relación entre crecimiento y desigualdad, sosteniendo que, al parecer, para crecer la región tuvo que generar desigualdad pero que, a su vez, dicha desigualdad fue una base endeble para lograr un crecimiento sustentable.

Yendo a los casos nacionales, a modo de ejemplo, la presentación de [Jorge Gelman y Daniel Santilli](#) para el Buenos Aires desde la colonia hasta el fin del siglo XIX, compartía en términos generales dicha perspectiva de una desigualdad con raíces históricas.

Una perspectiva distinta fue sostenida por [Jeffrey Williamson](#) en su presentación (Gráfico 1). A partir de la construcción de serie de datos de larga duración (los primeros datan del siglo XV) sostiene que en los primeros años de la conquista la producción de excedente era muy baja como para producir importantes desigualdades. Ésta aumenta recién a partir del siglo XVII pero hasta fines del siglo XIX se mantiene por debajo de la inequidad registrada en esos momentos en Europa y Estados Unidos. Será luego de la Primera Guerra Mundial que la región comienza a elevar sus niveles de inequidad, al tiempo que Europa comienza a disminuirlos. La pregunta que deja planteada, es qué sucedió luego de 1910 para que la región conociera ese incremento de la desigualdad que persiste hasta el presente. La presentación de [María Gómez León](#) a partir de una mirada metodológica novedosa sobre la estructura de clases del Brasil desde 1839 a 1950 puede inscribirse en esta línea argumental. Su trabajo identifica períodos de la historia brasileña caracterizados por un aumento de la clase media de la mano de un descenso en los niveles de desigualdad, particularmente a fines del siglo XIX y principios del XX. De este modo, la imagen tradicional de un Brasil caracterizado por una estructura social polarizada es puesta en cuestión.

Gráfico 1. Estimación de la tendencia a la desigualdad en América Latina, 1491-1929



Nota: Gráfico traducido. Fuente: Presentación de Jeffrey Williamson.

La presentación de [Pablo Astorga](#) sobre la desigualdad funcional en América Latina entre 1900 y 2011 también lleva a revisar ciertas ideas sobre el pasado. El autor construye una serie de datos novedosos sobre salarios reales comparable en el largo plazo para seis países de América Latina[2] y realiza cálculos propios del coeficiente de Gini entre grupos ocupacionales. A partir de ellos afirma que no se verifica un patrón común de evolución de la desigualdad en la región desde el siglo XIX; más bien se registran diferencias importantes en los patrones nacionales hacia fines de la primera industrialización y durante mediados del siglo XX. Por el contrario asevera que sí parece haber un dato común en la tendencia a una desigualdad creciente a partir de 1960, que tuvo su pico hacia fines del siglo pasado. En líneas generales, el cuadro presentado no pareciera ser consistente con la hipótesis de una desigualdad alta y relativamente constante para el siglo XX, dado que se ven diferencias significativas no sólo entre países sino también en cada uno de ellos a lo largo del tiempo. Un dato interesante para los desafíos del presente es que el autor no encuentra en ningún país una fase de concomitancia de un aumento sostenido de la participación del salario acompañado de una reducción en la dispersión salarial. En otras palabras, cuando se incrementa la participación del trabajo en la distribución de la riqueza también habría aumentado la desigualdad entre los distintos trabajadores. Su contrapartida lógica, particularmente hacia fines del siglo XX,

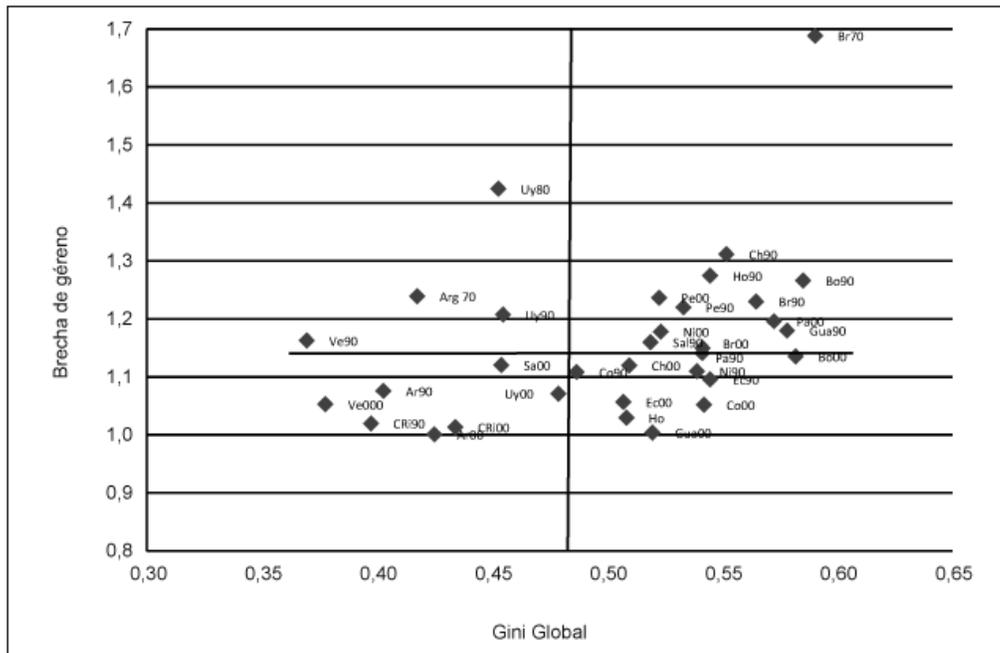
es la sincronía entre un incremento en el salario real promedio y un aumento de la dispersión. Como corolario, concluye que lo que parece estar faltando en la historia económica de los seis países analizados son episodios impulsados por dinámicas de mercado de un aumento del salario promedio articulado con una reducción de la dispersión salarial. Un tema de gran importancia, puesto que esta presentación pone en relación la distribución primaria, entre capital y trabajo con la secundaria, entre individuos y hogares. Y, en efecto, la disminución de la desigualdad de ingresos requiere de una mejora tanto de una como de otra, y esta sincronía tampoco se está advirtiendo en el presente.

También la presentación de [Leticia Arroyo Abad](#) junto a [Peter Lindert](#) brinda conclusiones novedosas. Los autores realizaron lo que han llamado el primer estudio multi-país acerca de cómo los gobiernos latinoamericanos utilizaron los impuestos y el gasto público para actuar sobre la distribución del ingreso. Para esto, construyen una serie histórica para seis países latinoamericanos,[3] en combinación con estudios recientes acerca de los patrones de redistribución fiscal del siglo XXI. De su presentación se deducen, entre otros, los siguientes aprendizajes. Primero, sostienen que el gasto social se aceleró en la posguerra. Después, muestran que en América Latina la redistribución se da básicamente desde los jóvenes hacia los mayores, principalmente a través del sistema de pensiones. Tercero, mantienen que desde la Independencia la región ha invertido poco en educación e infraestructura. En cuarto lugar, señalan que, en términos generales, la progresividad ha sido escasa en la región. En quinto lugar, demuestran que la inversión humana en capital ha implicado mayores -aunque más dilatados- beneficios que las políticas de transferencia de ingresos; y por último, afirman que el gasto social en la región no sólo ha sido volátil sino que también ha sido pro-cíclico.

Desigualdades de género y raza en perspectiva histórica

La evolución a lo largo del tiempo de las desigualdades de género y étnica o racial, como la llamaron varias presentaciones ha sido otros de los temas del seminario. [Silvana Maubrigades](#) presentó un análisis realizado junto a [María Magdalena Camou](#) sobre la distribución del ingreso y de la participación laboral femenina en América Latina desde comienzos del siglo XX (Gráfico 2). Plantea que la desigualdad de género en materia de ingresos se expresa básicamente de dos formas: a través de una entrada más restringida y tardía de las mujeres al mercado de trabajo y por medio de la existencia de una brecha salarial en relación con los hombres. En su análisis concluye que existe una importante “*path dependence*” (a veces traducida como “dependencia del pasado”) a nivel nacional en lo que se refiere a la evolución del mercado de trabajo, dado que los países con mayores niveles de educación y de participación femenina en el mercado de trabajo (como Argentina y Uruguay) son también los de menor desigualdad de género en la materia. Concluyen, en términos generales, que el nivel de desarrollo de un país es predictor del nivel de participación femenina en el mercado de trabajo. No obstante, el estudio muestra que la formación no tiene resultados lineales en términos de la reducción de la desigualdad, dado que no siempre se correlaciona con un aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo ni con una reducción de la brecha salarial. Esta conclusión es también importante para el presente: distintos trabajos muestran que no todas las desigualdades disminuyen en forma articulada y, en particular, que nuestra región ha sido más equitativa en la distribución de bienes educativos que en la distribución del ingreso y que dichas disparidades continúan en el presente.

Gráfico 2: Inequidad global y la brecha de género



Nota: Gráfico traducido. Fuente: Presentación de Silvana Maubrigades.

En esta misma dirección, pero relativas a grupos étnicos, se sitúan los hallazgos presentados por [Enriqueta Camps](#) junto a [Stanley Engerman](#). Esta presentación apuntó a analizar el impacto de la raza y la desigualdad en la formación de capital humano en los siglos XIX y XX en América Latina. Se señala que durante el siglo XX la educación se masificó en América Latina, por lo menos a nivel primario y secundario, a la vez que la desigualdad educativa se redujo, incorporando a las mujeres y a personas de todas las razas. Sin embargo, se sostiene también que el impacto del descenso del coeficiente de Gini educativo no se percibió sobre el Gini de ingresos hasta la década de 1990. Una mirada sobre este tema en el caso de Brasil fue aportada por la presentación de [Justin Bucciferro](#). El autor, parte de la constatación que durante la última década se evidenció una importante reducción de la desigualdad racial en Brasil en relación con los niveles de empleo e ingresos, el alfabetismo y la educación. A partir de allí, se pregunta si el declive es parte de una tendencia de largo plazo o responde a factores estrictamente coyunturales. El trabajo contiene evidencias acerca de la desigualdad racial en Brasil desde 1827 hasta la actualidad, enfocándose en el análisis de la expectativa de vida, los niveles de analfabetismo, la cantidad de años de escolaridad y los ingresos promedio mensuales, desagregados por grupos (negros, pardos, blancos, asiáticos e indígenas). La evidencia lo lleva a concluir que, en términos generales, ha habido una reducción de la desigualdad en Brasil a lo largo del tiempo, y que esta tendencia es previa a las

últimas décadas (Cuadro 1). Sin embargo, agrega, el progreso hacia una mayor igualdad de entre los grupos étnicos ha sido errático y ha tenido resultados diversos según el grupo que se analice.

Cuadro 1: Expectativa de vida al nacer (años) por raza, 1950-2008

	1950	1960	1980	1991	2008
BLANCA	47,5	54,7	66,1	70,8	73,1
NO BLANCA	40,1	44,7	59,4	64,0	67,0
DIFERENCIA	7,4	10,0	6,7	6,8	6,1

Fuente: presentación de Bucciferro.

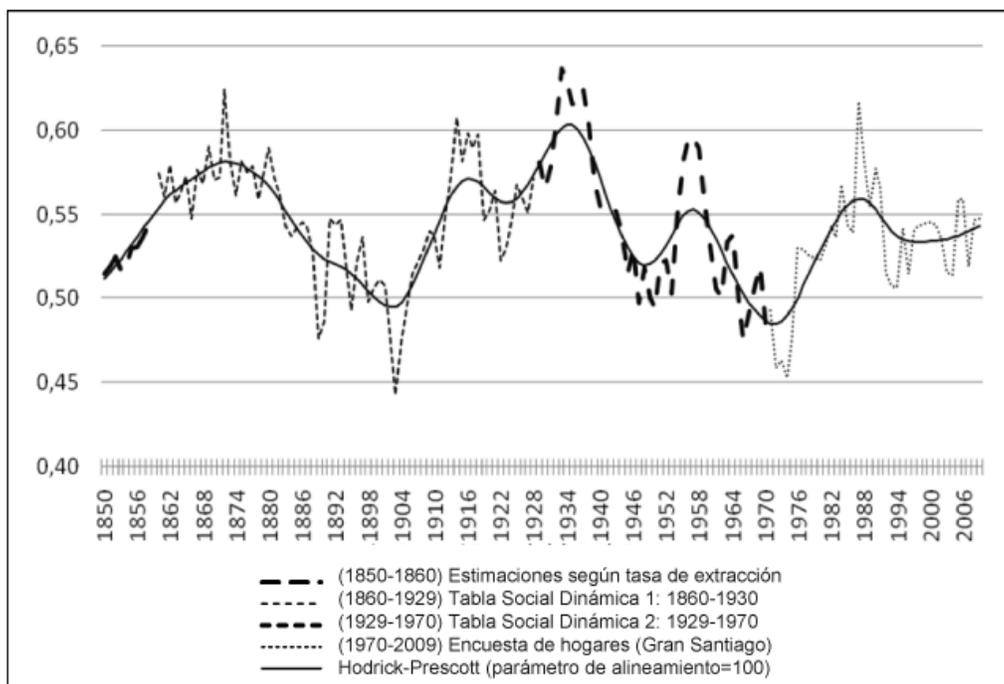
Estas investigaciones muestran, entre otros elementos, además de la persistencia de desigualdades de género y entre los grupos étnicos, que los avances no son lineales en el tiempo ni tampoco en todas las dimensiones. Quizás sea útil traer como referencia un aprendizaje de los estudios sobre estigmatización que nos señalan el carácter pertinaz y multiforme de los estigmas: cuando parecen eliminado en una dimensión, se concentran, reaparecen o se expresan en otros. Sin duda con las desigualdades de género y de raza suceda algo similar: los avances en ciertas áreas nos obligan a estar más atentos a detectar las persistencias o aún reforzamiento de inequidades en otras, como por ejemplo, el aumento de la participación laboral femenina no necesariamente implica una disminución de las brechas de ingresos o, más aún, estaría también conllevando una mayor recarga del tiempo de trabajo doméstico y extra-doméstico de las mujeres, por lo cual, en este caso, se gana en una dimensión de la desigualdad, pero se pierde en otra.

Desigualdad en el largo plazo: un caso de patrón cíclico

Un interesante resultado es la observación de un patrón cíclico en la desigualdad de ingresos en el largo plazo para el caso de Chile (Gráfico 3). [Javier Rodríguez Weber](#) analizó en su presentación la relación entre crecimiento económico y desigualdad tomando en consideración la incidencia tanto de los factores institucionales como de las fuerzas de mercado en tres períodos de la historia de ese país desde 1850 en adelante. Entre sus hallazgos, muestra que no siempre el crecimiento implicó desigualdad, sino que la clave es el tipo de crecimiento, mostrando que la curva de Kuznets (la hipótesis que toda fase de crecimiento conlleva un aumento inicial de la desigualdad) no es de ningún modo una ley válida para todos los países ni para todos los estilos de desarrollo. Centrado luego en el período 1938-1973, en el que se produjo un importante descenso en la desigualdad, encuentra la gravitación positiva de la regulación estatal de la economía visible en la promoción de la industrialización y en una fuerte política de recomposición del salario mínimo real. Por último, estudia el período 1973-2009, señalando que hasta 1989 (fin de la dictadura de Pinochet) se

produce un significativo incremento en la desigualdad, guiado por una fuerte redistribución en favor de las élites, que se produjo a partir de una caída dramática del salario real y de la apertura de lo que el autor denomina nuevos terrenos para la extracción de ganancias, refiriéndose básicamente a la privatización de la educación y la seguridad social.

Gráfico 3. La "mejor estimación" de desigualdad en la distribución de ingresos en Chile. 1850-2009. Coeficiente de Gini.



Nota: Gráfico traducido. Fuente: Presentación de Rodríguez Weber.

A modo de cierre

En este artículo se propuso presentar sobre algunos de los aprendizajes resultantes de una perspectiva de largo plazo sobre la desigualdad en la región. En primer lugar, los trabajos sugieren que las controversias sobre la desigualdad no están saldadas. Pareciera que se encamina a una mayor diversificación de perspectivas o, posiblemente, a una puesta en suspenso sobre la posibilidad de un juicio único para todos los países y períodos, en virtud de los nuevos estudios sobre los distintos casos nacionales, de la mayor luz sobre períodos que habían quedado hasta ahora bajo cierta penumbra y sin duda, de las nuevas variables e indicadores que se tomen en cuenta para captar la desigualdad en particular si se adopta una perspectiva multidimensional de la

misma.

Hoy ya se cuenta, sin embargo, con una gran cantidad de datos, construcción de series históricas e indicadores diversos que constituyen una fuente de información y conocimientos de gran utilidad para enfrentar los desafíos del presente. Al fin de cuentas, se sabe bastante más sobre lo que ha gravitado tanto en las fases de disminución como de incremento de la desigualdad de ingresos, en particular entre individuos y personas. Tenemos certezas que las políticas y las instituciones cuentan y que es imposible explicar la persistencia de la desigualdad sin ubicar en el centro del análisis la dinámica de los grupos sociales, en particular de las élites. También la historia de los distintos países pone en cuestión ciertas ideas: no todo crecimiento precisa desigualdad ya que esto depende del estilo de desarrollo y tampoco la desigualdad mejora necesariamente en todas las dimensiones de forma articulada e inexorablemente. Asimismo, se incorporan otras miradas sobre la distribución, por ejemplo, la que observa las transferencias que se producen entre generaciones, una dimensión poco presente en los estudios de nuestras latitudes. En resumidas cuentas, se intenta responder al interrogante inicial sobre los aportes de la perspectiva de largo plazo con algunas reflexiones sobre las muchas enseñanzas que la perspectiva del largo plazo puede dejarnos; y también invitar a los lectores a encontrar sus propias respuestas en estas y las restantes presentaciones del seminario.

[1] Esta nota fue realizada por el consultor Gabriel Kessler.

[2] Se trata de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Venezuela.

[3] Se trata de Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Perú y Uruguay.